

Januario Espinosa

Lo que retuvo un niño

I

SANTIAGO EN 1888



A gran ciudad se me presentó como una constelación difusa, en circunstancias que tiritaban hasta las estrellas. Punto de mira el tren, al enfrentar el molino de Juan Diablo.

El nocturno salía a las nueve de Talca para entrar en Santiago a las cinco. Traía también a las gentes que partieron de Talcahuano y de Angol en la mañana y que, por consiguiente, empleaban en un viaje a la capital casi veinticuatro horas. Por su calidad de mixto, se detenía largos minutos en las estaciones principales, lo que aprovechaban las vendedoras, en Curicó y en San Fernando, para subir al tren con grandes bandejas, a ofrecer café o chocolate con tostadas o tortillas.

Madrugada muy fría de junio. Había llovido bastante, y una helada feroz bajaba del limpio cielo.

Nadie nos esperaba. Ningún medio de conducción en la plazuela silenciosa. Para desentumecernos, y aguardar a quien debería venir en nuestra busca, nos paseamos por los corredores: un poco más allá del edificio, al lado sur, corría un ancho canal a tajo abierto, en el cual mi curiosidad encandilada estuvo a punto de zambullirme.

Unos cañones que ardían constituyeron mi primer asombro. Yo conocía las llamas producidas por la leña en la cocina, y la de una mecha embutida en una lámpara de petróleo. También las de un candil o de una vela. Pero la que brotaba sin cesar de un simple gancho hueco, se me representaba como el mayor enigma. Y su luz ¡cuán deslumbradora!

Mi padre llegó a recogernos con las primeras luces. La próxima visión de Santiago me condujo a una decepción escueta: casucas miserables, pobladas tal vez por negocios viles. Al volver los ojos hacia el norte, columbré edificios de mejor catadura, pero nada que superara a los de mi pueblo. Los «carros urbanos», tirados por una pareja de rocines, me comunicaron, por lo menos, la sensación de lo que no se ha visto nunca: dos largos asientos laterales en su interior; sin tapiz alguno: iguales asientos arriba, pero de mutuo respaldo: Se subía por una caracoleada escalera. Atrás una mujer con un delantal oscuro y un sombrerito sin adornos. Andando los días, habría de escuchar la cantinela:

Una ficha negra
y otra colorá,
y una conductora
que no vale na.

Porque en primera se pagaba con una roja moneda de caucho, equivalente a un cinco; en la imperial, con una negra, que valía la mitad. Pero circulaba también una moneda de cobre de dos y medio centavos, llamada igualmente «ficha». Y asimismo habría de poner en juego mi paciencia, porque los caballejos eran tan flacos que mostraban su inútil empeño al ir de subida arrastrando a más de veinte personas: había que silbar al postillón, que solía hallarse lejos. Llegaba, al fin, montado en un caballo gordo y más alto.

Esta vez avanzamos hacia el centro en un coche de posta, de esos que en España designan por «berlina», con un tiro semejante al de los carros. El victoria era un lujo para personas con dinero. Ibamos por una calzada de adoquines, al lado sur de una doble fila de altos álamos. A los tabucos seguían casas de mejor aspecto, pero siempre bajas, todas con enseñas de negocios. Salvada la primera bocacalle, Bascuñán Guerrero, una nueva hilera de tugurios, albergue de cocinerías y cafetines, en lo que hoy ocupa el Portal Edwards. El comienzo de Unión Americana, completaba la figura. Pero no tardaron en agrandarse mis ojos ante un maravilloso cuadro: el palacio Cousiño. Pronto me atrajo un espectáculo superior al otro lado de la

Alameda: las «bolas de oro», no menos fantásticas bajo la pálida luz del crepúsculo. Desde aquí concluían los álamos, reemplazados por árboles que yo desconocía. Venían a mí mansiones de dos o tres pisos, recargados de salientes y de adornos, que me dieron razón de lo que era un palacio. También empezaba a surgir un rumor grave el de una tempestad que viene muy lejos. Y se intercalaba el campanilleo brusco de los carros. Admiré de pasada las estatuas de San Martín y de O'Higgins—cosas para mí estupendas—y embocamos por Teatinos. No me produjo una impresión mayor la Moneda, con sus ventanas provistas de barrotes, ni cruzamos después edificios que merecieran herir mi memoria. Nos detuvimos en San Pablo, frente a una vieja casa, de ancho portón, vecina a la plazuela del cuartel central de policía.

El mismo día en la tarde, fuimos donde un tío-abuelo, cuya figura semejaba a la de Arturo Prat en sus líneas principales. Vivía en Huérfanos entre Estado y San Antonio. Para que nos abrieran, debimos tirar una anilla de bronce: adentro sonó una campanilla. Dos patios embutidos entre altas murallas de ladrillo: el sol realizaba visitas de médico.

Mi primera avanzada individual fuera de los límites de la plazuela, me ocasionó un extravío. Fui a dar a la calle de «Amunátegui», según los letreros, del «Peumo» para la totalidad del vecindario. Después de torcer varias esquinas, di al cabo con el alto cuartel, que me sugirió el buen rumbo.

Minutos de emoción mi visita al puente de Calicanto. Se empezaba a subir desde antes de la esquina con San Pablo, de modo que frente a Sama ya se iba a buena altura. El primer ojo quedaba en seco: de ahí partía la calle de Zañartu. ¡Una obra digna de los viejos romanos! Se empinaba la calle sin cambiar sus adoquines ni sus aceras asfaltadas, de manera que uno se encontraba casi sin transición encima del río: para ver, veinte metros más abajo, sus aguas turbias debí empinarme mucho, junto al parapeto de granito. A ambos lados, cada machón terminaba en un kiosko de piedra, convertido en baratillo. En el lado sur, un franco desvío a la izquierda, para embocar a la Cañadilla (Avenida Independencia). Los otros puentes valían muy poco: de pilotes de rieles, con armazón de madera. El más próximo el de los carros frente a 21 de Mayo. Frente a las Cajitas de Agua (plaza Italia) el del Arzobispo. A la altura de Manuel Rodríguez, el de los «pacos».

¡Pobre puente gigante! Corridos pocos meses, sentí en mi casa un gran estruendo. Con muchos otros, corrí a ver lo que ocurría: los machones mojados por las aguas habían sido derribados con dinamita, y la destrucción seguiría, poco a poco, para dar paso al progreso y el cauce pedregoso, que iba desde el Mercado hasta lo que hoy es Vega, quedaría reducido a un canal de mediana anchura.

Lo que me trasladó a la gloria fué el cerro Santa Lucía. ¡Cuán poco ha sufrido en manos del tiempo!

Sólo le borraron años después el teatro, que desentonaba mucho, y le agregaron un adorno de chabacanería, que están demoliendo o van a demoler, por ventura. Desde la glorieta final, la ciudad se me tendió en un mar de edificios. Pero para el oriente se apartaba apenas una cola que iba a morir algo más arriba del Seminario; después potreros y otra línea de edificaciones: el camino a Ñuñoa. Otra cola se apartaba por el lado sur desde el Camino de Cintura, formado por Vicuña Mackenna, Avenida Matta, Viel y Blanco Encalada y poblado de eucaliptus: era la avanzada hasta el Matadero.

Después del Santa Lucía, mi deleite mayor fué la Quinta Normal de Agricultura, en especial el Acuario. Habría huído mi tiempo, embelesado ante el ir y venir de los peces, de todos tamaños y colores. En el último departamento estaban las ranas, que permanecían inmóviles. Se entraba por un pasadizo obscuro: la luz caía sobre el agua. La salida desembocaba en la sección mamíferos: caballos, zebras, burros, guanacos, llamas, alpacas, vicuñas, chinchillas, zorros, vizcachas, pumas, jaguares, una jirafa, un oso, un león, un tigre y hasta un elefante. Al final, diversas clases de perros. Pero lo que atraía muchedumbres era la amplia jaula, con departamentos, en que aparecían varias especies de monos. Por último recorriamos el Museo, que no ha variado casi nada.

El 19 de septiembre, conocí el Parque Cousiño. parecía que sobre él se había vaciado todo Santiago.

Las gentes acudían a pie, a caballo, en carretas entoldadas y en carretelas. Los carritos no eran suficientes ni para la décima parte. Las tropas realizaban un simulacro de combate con tiros a fogueo, y el estampido de los cañones se mezclaba al griterío y a los mil cantos alegres.

Un día cualquiera, bajé por San Pablo hasta la calle Negrete (hoy Brasil), donde había una pirámide de cal y ladrillo, para indicar durante la colonia el comienzo del camino al puerto. Corría por esta calle, que comenzaba en Agustinas, una ancha acequia. Después trabé conocimiento con la calle de Duarte (Lord Cochrane) poblada, desde no muy lejos de la Alameda, por cuartuchos que albergaban mujeres de mala vida. Peor era la calle del Cequión Grande (10 de Julio). Un ancho cauce corría abierto y sin canalización alguna junto a su acera norte: nada pavimentado, ni aceras ni calzadas. Desde el rancherío del borde arrojaban toda clase de inmundicias.

Sólo al mucho tiempo, me tocó trepar al San Cristóbal. Se entraba por una casa, remate del doble ascensor que iba a la cantera, previo el pago de un cinco. Existía sólo un camino para peatones. Uno carretero bajaba de la cantera hasta el final de Bellavista.

La línea de carros urbanos de mayor longitud era la que iba hasta la plaza de Ñuñoa. Las casas que se bordeaban en el trayecto no eran muchas, y todas semejantes a las campesinas: de adobes con techo de tejas.

Al poniente de la estación central, un barrio poco poblado y de siniestra fama: el de Chuchunco, por donde no se podía andar sin peligro una vez caídas las sombras. También era peligroso el camino de Cintura, sobre todo en el sector llamado hoy Blanco Encalada: los asaltadores solían esconderse tras los anchos troncos de los eucaliptus.

¡Viejo Santiago que fué penetrando así, a pequeños trozos, en mi conciencia de niño! Se fué con sus lujosas victorias, tiradas por altos alazanes del mejor origen: con sus mujeres que lucían sombreros con flores, se apretaban a morir el talle y prolongaban con almohadillas sus grupas; con sus «futres» que vestían chaqués con ribetes de sedería, calababan «tongo» y llevaban botines de charol con mucha punta; desapareció el manto que sabía encuadrar muy bien los negros ojos; ya no se ven los lánguidos bailes con el compás de una cautivadora melodía, ni los valeses, ni las polkas ni las mazurkas, como aquellas que repetían tanto por las calles:

Cuatro camaroncitos
diéronle de comer,
y una sardina arenque
sirvió el café.

Por excepción solamente, se toca todavía la guitarra, el arpa y el acordeón en el Parque, y parece que reinara menos espontaneidad, una menor alegría. Por-

que si los *Viernes Santos*, con sus salmodias y ruidos de matracas, resultaban harto más tristes, en cambio, durante toda la tercera semana de septiembre los más viejos se convertían en niños, y salían a gritar y a brincar por las calles.

Se alzaba de la ciudad un ruido sordo, producto de las llantas de hierro al rodar sobre los adoquines; era como el roncar de un mar azotado por el viento; y acostumbrados a este traquido uniforme, era como si estuviéramos en calma. Nada de estridencias, fuera del campanilleo de los carritos hasta poco después de media noche. A esto se agregaba el piteo intermitente de los guardianes, el cantar de los tortilleros y el ofrecimiento de «mote mei, pelado calentito». En la madrugada, aparecían hombres con un chato y largo cajón sobre la cabeza, ofreciendo empanadas («pequenes») a cinco centavos cada una. Eran el regalo de los obreros, que corrían llamados por las bocinas de las fábricas. En cuanto a los trasnochadores, quedaban circunscritos a cierto barrio del sur, que siempre tuvo fama de pecaminoso. El resto de Santiago dormía realmente. Y sólo alumbraban su sueño faroles a gas en las *Delicias* y en las calles principales del centro; en lo demás reinaba el petróleo.

De esta manera, una ciudad pobre se preparaba para un más brillante destino.

II

UN VEINTINUEVE DE AGOSTO...

La primavera vino con sus pasos en flor, antes de que el almanaque le marcara su turno. Una luz de magia traía en sus ondas un calor propio de noviembre, y conducía el aire rumores de alegría, a lo lejos, alguna pobre fanfarria; más próximos, gritos colectivos que sonaban a mar que ruge.

Una honda curiosidad de niño me lanzó hacia la calle. Muchos días anteriores habíamos cruzado entre siniestros rumores y angustias. Un vecino, recibía de manera ignorada un pequeño periódico, y venía a leerlos; temblorosa la voz, relatos de persecuciones y de fusilamientos. Esto aplanaba las almas. Y se andaba por las aceras con paso temeroso; por lo común se conversaba en sordina. Pero ahora las gentes marchaban con un nervioso apresuramiento, y gesticulaban como poseídos por una extraña locura. Cintas o escarapelas rojeaban en sus solapas. La insignia encarnada era obligatoria para no ser escarnecido.

Me arrastró el entusiasmo de un grupo hacia el ancho paseo que, en sus tres años anteriores, había reemplazado sus altos álamos por modestas encinas. En muchas casas tremolaban banderas; el comercio cerrado. Por la calzada sur avanzaba desde el oriente una ancha columna, cuya cola moría en la cuadra siguiente.

La integraban hombres de todas las cataduras y de las más diversas indumentarias, desde el «futre» de negro chaqué coronado por un sombrero hongo, hasta el desastrado en mangas de camisa. Los de mejor talante encabezaban el lote. Una bandera nacional servía de guía; la escarapela roja no faltaba en ninguna solapa. Alternaban el canto con los «muera» y «viva». Ya tendían los brazos, como para agredir a un enemigo oculto entre las redes del viento.

Uno de los cabeceras de columna miró una lista, y avanzó la mano en dirección a una tienda, ubicada en la esquina poniente de la calle Bascuñán con la Avenida. Hacia allá enfiló la columna. A golpes de piedra, la puerta fué pronto decerrajada. Y la gente se precipitó hacia el interior como un río que ha roto su cauce. No tardaron en salir algunos cargados con piezas de género, para partir en todas las direcciones. Terminaron por arriar con los mostradores y con la estantería. Para esto se ayudaban entre tres o cuatro. Y llenaban su tarea devastadora sin disturbios ni rencillas. Se hallaban a sus anchas, sin el estorbo de la autoridad o de las leyes.

De pie en la esquina oriente, ejercí de testigo mudo en ese desvalijamiento rápido. ¡Fué cuestión de un cuarto de hora o menos! De la tienda bien provista no quedó ni una hilacha; desde la puerta me acogieron la soledad y el vacío.

Contemplé una escena semejante, en una residencia lujosa de la propia «Alameda de las Delicias». Aquí

fué más costoso el acarreo del menaje. Algunos espejos se hicieron trizas. También resultó con «piquetes» más de algún cuadro valioso. Y tampoco en el interior quedó nada: se llevaron hasta las ventanas y las puertas. era un asombro para mis cortos años ver al hombre abandonado a sus bajos instintos: ¡un trozo de anarquía en la práctica!

Regresé siempre por la calle Bascuñán Guerrero, en cuya tercera cuadra mi familia vivía. Al llegar a la esquina con Manuel Montt, ví que avanzaba desde el oriente otra abigarrada columna encabezada como la otra por individuos de un exterior recomendable. Un negocio ubicado en el ángulo nor-poniente era el punto de sus miras. En un minuto franquearon la entrada, siempre a golpes de piedra. Y otra vez aquel ir y venir de hormigas ansiosas, para dejar al final la soledad y el silencio.

Y otra vez la curiosidad endilgó hacia allí mis pasos temblorosos. Temblorosos, sí, en obediencia a una emoción muy grande. Porque creía asistir a un espectáculo que ya no habría de renovarse nunca.

Me atrajo, en un rincón, una hacina de folletos y de hojas sueltas de libros. Cogí uno de los primeros, y resaltó un gran título: «Catecismo en ejemplos». Material de propaganda religiosa, impreso, si mal no recuerdo, en España. ¡Una propaganda magnífica! Virtudes y pecados puestos en evidencia mediante historias de carácter maravilloso, medio seguro para herir, tal vez para siempre, la imaginación de un niño. Una

breve lectura a la primera anécdota, aferró mi atención en el acto. Entonces, febril, hurgué en el montón de papeles y me apoderé de cuanto folleto ostentaba el seductor título. Y partí a mi casa, para realizar por los caminos abiertos al espíritu, el más sorprendente de los viajes.

En especial dos de aquellos relatos se me grabaron con caracteres más profundos: el primero «El juglar de Nuestra Señora», que, andando el tiempo, habría de releer, con galas de estilo, sobre la rúbrica de un Anatole France. Era el otro «Una visión del Paraíso». Un monje de por allá de la Edad Media, época de todos los prestigios, oró con todo el fervor de su alma cándida para que el Señor le concediera una sola merced: ver la mansión de los bienaventurados siquiera por un minuto. Finalizada su extraña súplica, el gorjeo de un pajarillo, en el jardín próximo, lo distrajo. Nunca había llegado a sus oídos música de tan cautivadoras notas. ¡Nunca! Y fué absoluto su embeleso. Terminado aquel maravilloso interludio, le pareció mucho más honda la tristeza de este valle de lágrimas. Y como creía llegada la hora de colaciones, fué en busca de sus compañeros. Pero mayor fué su admiración al encontrarse con semblantes enteramente desconocidos. Nadie lo reconoció tampoco. Y la sorpresa en quienes lo veían era igualmente mucha. Avanzó con respecto al superior una pregunta tímida.

—¿No está el padre X?

—¡Murió hace doscientos años!

Y lo creyeron un loco, porque no atinaron a reflexionar que la felicidad de dos siglos aparentó para aquel buen fraile la vida de un minuto; así como el mayor sufrimiento de un minuto tendrá, en apariencia, la duración de dos siglos.

Tal eran semejantes historias; eso iba en los despreciados folletos, abandonados por inútiles.

De esa manera, bajo mis débiles brazos, salió del negocio arrasado precisamente lo que más valía: el Ensueño.